



Guatemala, 20 de octubre de 2025.

DISCURSO DEL PRESIDENTE BERNARDO ARÉVALO CON OCASIÓN DEL 81 ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN GUATEMALTECA

Compatriotas; guatemaltecos y guatemaltecas:

¡Hoy, es 20 de octubre!

Hoy es un día que nos invita a pensar en un momento crucial de nuestra historia y en el ímpetu que siempre hemos tenido para forjar con nuestras propias manos el presente y el futuro que queremos.

Aquí, en esta plaza que ha sido el escenario de diversas batallas en la búsqueda de la dignidad del pueblo de Guatemala, quiero que nos acerquemos juntos al sentido profundo de la palabra revolución.

Una revolución es energía social que se multiplica, es creatividad y fuerza transformadora, es inconformidad con la injusticia y la violencia, es la capacidad de ver más allá de lo inmediato. Una revolución es la posibilidad de pensar lo impensable. Es sentir y expresar amor no sólo por quienes nos rodean, sino por quienes vendrán. Una revolución es tomar acciones concretas para conquistar la libertad y el bienestar. Una revolución no es efímera: construye edificios de ideales que perduran, que resisten los



terremotos de la historia y son habitados por siglos. Una revolución es un hecho trascendente.

La historia de Guatemala es la historia de un pueblo que, a pesar del peso de la tradición autoritaria, no se acostumbra y no se conforma a vivir rodeado de sombras. Así como los revolucionarios de Octubre decidieron romper la dictadura y contrarrestar sus devastadores efectos, así los guatemaltecos de hoy NO nos resignamos a vivir bajo el yugo de la corrupción y la impunidad. Resistimos. Trascendemos.

Es probable que en la madrugada del 20 de octubre de hace 81 años, en la vida política de Guatemala, en la vida social de las comunidades y en la vida familiar de quienes llevaron adelante la Revolución, hubieran preocupaciones cotidianas, crisis personales, problemas que demandaban atención urgente. Sin embargo, nuestros padres y madres, nuestros abuelos y bisabuelos supieron darle respuesta a las preocupaciones inmediatas sentando las bases del futuro que imaginaron –con generosidad y esperanza– para todas y todos los guatemaltecos. Un futuro de dignidad. Un futuro de libertad. Un futuro de prosperidad e independencia.

De igual manera, los desafíos que hoy enfrentamos demandan nuestra atención y nos exigen trabajar con responsabilidad y determinación para corregir y reparar lo que necesitamos hoy, evitando cometer errores que sacrifiquen las oportunidades que nos presenta el futuro. Por eso, reflexionar sobre la Revolución de Octubre y su trascendencia nos recuerda que las decisiones que como gobierno, como pueblo y como nación tomamos hoy, tendrán efectos expansivos en el futuro de nuestros hijos, de nuestros nietos, de nuestros bisnietos. La Revolución nos obliga a volver nuestros ojos y oídos, a poner la fuerza de nuestros brazos y nuestras ideas, no solo en lo urgente y lo inmediato, sino en lo importante, en lo trascendente.

Y hoy quiero hablar precisamente de eso: de lo trascendente.



Sabemos del carácter popular, democrático y democratizador de nuestra Revolución de Octubre. Conocemos la larga lista de conquistas que hoy, ocho décadas después, siguen dando forma a nuestras vidas individuales y a nuestra vida colectiva. Al centro de estas conquistas está una sola idea: la dignidad. La dignidad de las y los trabajadores urbanos que conquistaron un Código de Trabajo que garantiza sus derechos frente a los empleadores.

La dignidad de los campesinos y los pueblos indígenas que encontraron en el Seguro Social, en la reforma educativa, en las reformas en el agro, la reparación de una deuda histórica y la oportunidad de alcanzar un futuro de libertad y prosperidad compartido. La dignidad de todas las personas que participaron de la modernización de la sociedad y del Estado, que votaron por primera vez en la historia guatemalteca en dos elecciones libres, para hacer valer su voluntad soberana.

Con frecuencia olvidamos uno de los aportes impercederos de ese movimiento de 1944: la renovación del alma colectiva de la nación. Quienes participaron en la revolución, quienes fueron protagonistas de su imparable ímpetu transformador, quienes construyeron una democracia donde siempre había existido una autocracia, vivieron una toma colectiva de conciencia que permanece viva hasta nuestros días.

Por eso, el edificio que construyó la Revolución de Octubre sigue en pie.

Somos un pueblo de raigambre revolucionaria porque supimos hacer una revolución y hemos experimentado en carne propia el placer de transformar la historia con nuestras propias manos. Las fotos de nuestros abuelos y abuelas, los monumentales edificios que albergan el IGSS y el Banco de Guatemala nos permiten experimentar esas conquistas hoy, nos permiten apropiarnos de ellas muchas décadas después. Por eso, no nos confundamos: los años NO nos alejan de ese momento.



Los momentos críticos de la historia nos definen y nos acompañan hoy. Están aquí y ahora. La lucha por la democracia sigue. La Revolución de Octubre no fue. La Revolución de Octubre es, y nos demanda hoy un esfuerzo de continuidad.

¿Cuál debe ser esa continuidad? En las ocho décadas transcurridas desde 1944 sufrimos una invasión catastrófica, vivimos una guerra civil cruda y sangrienta, y vimos pasar múltiples gobiernos de facto. Y sin embargo, estamos aquí. De esa historia de dolor construimos los cimientos de la democracia en la Constitución de 1985 y los cimientos de la paz en los Acuerdos de Paz de 1996. Nuestra historia es una historia de resistencia, de resiliencia, de renacimiento y de esperanza.

Sin embargo, debemos reconocer que ha sido también una historia de estancamiento. Ocho décadas después no hemos logrado avanzar suficientemente hacia ese futuro de libertad, bienestar y justicia que los revolucionarios de Octubre imaginaron y construyeron. Nos corresponde, con urgencia, retomar su legado e impulsar acciones trascendentes, transformativas, para el futuro de nuestro país.

Las revoluciones son momentos especiales. Son instantes que cambian el curso de la historia. Son momentos de incertidumbre creativa, de esperanza y optimismo.

Guatemala se encuentra hoy en uno de esos momentos. Nadie esperaba la explosión de inconformidad y las protestas de 2015. Nadie esperaba que, frente a la represión impune, las y los estudiantes protestaran en 2017 y en 2020. Nadie esperaba que en 2023 un pueblo entero se rebelara, no en defensa de un candidato, sino en defensa del derecho a elegir de forma libre nuestro destino colectivo. La inercia de silencio y resignación que aparentamos seguir se ha roto, y nos sitúa hoy en un momento donde la impunidad ya no es aceptable, donde la corrupción ya no es aceptable, donde gobernar sin poner la dignidad de todas las personas en el centro de las decisiones ya



no es una opción. Las y los guatemaltecos ya no sufrimos y soportamos en silencio. Las y los guatemaltecos manifestamos, exigimos, construimos y defendemos nuestra dignidad y nuestro futuro en paz.

Honar hoy el legado de la Revolución de Octubre es devolverle el gobierno al pueblo retomando la construcción de la nación democrática, libre y justa que comenzamos en 1944. Bajo los autoritarismos, cualquiera que sea su signo, las instituciones de gobierno son instrumento de dominación, de silencio, de represión, de violencia y hasta de muerte. Hoy, el gobierno democrático es el vehículo que el pueblo usa para avanzar colectivamente en la ruta de libertad, bienestar compartidos que hemos definido juntos. Una ruta que conduce hacia la convivencia armónica y que se construye en compromiso con la paz y en rechazo a la violencia. Porque no hay democracia sin justicia social ni justicia social sin democracia.

Hoy el presidente y los ministros dialogan de forma horizontal con las autoridades ancestrales de los pueblos indígenas. Hoy el gobierno invierte en la gente, apoyando a quienes más lo necesitan, dirigiendo recursos masivos para atender las causas de la miseria, el hambre y la enfermedad. Hoy las instituciones protegen el medio ambiente, procurando recuperar bienes naturales perdidos y preservarlos para las próximas generaciones.

Hoy el gobierno reconstruye las escuelas que otros han abandonado, amplía la oferta de capacitación técnica para que más personas tengan mejores oportunidades de crecer. Sus instituciones abren oportunidades para que más familias puedan comprar una casa y formar un patrimonio generacional, para que más personas puedan estudiar afuera de Guatemala y regresar a aportar ideas nuevas.

Hoy, el gobierno y sus instituciones facilitan el emprendimiento generando las condiciones y las facilidades que le permite a grandes y pequeños ver que sus esfuerzos



productivos rinden frutos. Hoy el gobierno usa con responsabilidad los recursos que el pueblo contribuye a través de sus impuestos y los convierte en equidad, en solidaridad, en dignidad, en desarrollo.

El pueblo guatemalteco está renovando su compromiso con la democracia, esa democracia que tiene un asidero fundamental en el hito histórico que hoy celebramos. Porque la democracia es una forma de hacer la revolución todos los días, de procurar transformaciones cotidianamente. Y esta revolución cotidiana no se limita a las elecciones: es un ejercicio permanente de ciudadanía. Es la emoción intensa de vernos construyendo colectivamente el futuro. De sabernos partícipes de las decisiones que nos afectan y que afectan a nuestras familias, a nuestras comunidades. Es la alegría de apropiarnos de nuestro destino.

Hoy, al mirar atrás y reconocer el gran movimiento cívico de 1944, agradecemos y respetamos la valentía y la visión de aquellos que lucharon por un cambio radical. Honrarles es estar plenamente conscientes de que las decisiones que nuestra generación tome hoy tendrán un impacto profundo sobre la vida de las generaciones futuras. Esta responsabilidad debe ser abordada con generosidad, valentía y, sobre todo, con una conciencia clara de que la revolución no es un acto aislado, sino un proceso continuo que requiere nuestra participación activa y constante.

Pero no nos equivoquemos: **los enemigos de la libertad, de la justicia, de la democracia, siguen allí, agazapados. Son los procuradores de viejos y nuevos autoritarismos** que aspiran a controlar las instituciones para aprovechamiento personal y no para el beneficio colectivo. Son quienes se han dedicado a pervertir las instituciones de la democracia para ponerlas al servicio de la impunidad y la corrupción.

Quienes pactan con el narcotráfico y el crimen organizado, quienes persiguen periodistas y defensores de derechos, quienes criminalizan a autoridades ancestrales



y a luchadores por la democracia. Quienes intentan persistentemente desestabilizar la democracia difundiendo mentiras y gritando incoherencias en todos los espacios para infundir la confusión y el miedo. Quienes no descansan intentando fabricar la crisis política que les permita salir de las trincheras de la corrupción que aún ocupan para retomar su control sobre el aparato del Estado y continuar enriqueciéndose a costa del bienestar de la gente.

Pero aquí estamos los hijos, los nietos, los herederos de la fuerza, la ilusión y la esperanza de la Revolución de Octubre. Listos para defender la democracia y la libertad. Como en 1944, 2015 o 2023.

Asumamos el reto de iluminar el futuro, de escribir una nueva página en la historia de nuestro país. Asumamos el reto de dejar un legado, desde cualquier espacio, defendiendo la democracia contra los autócratas y los corruptos. Si lo hacemos, nuestros nietos sabrán reconocer que cuando las presiones del presente nos exigían pensar en el corto plazo, nuestra generación puso la mirada en el futuro y, como los revolucionarios de 1944, asumimos los sacrificios inmediatos para tomar acciones trascendentes.

Para construir un edificio democrático que resista los terremotos de la historia. Para dejar una huella imborrable en la conciencia colectiva, una herida incurable en los enemigos de la sociedad, y abrir un camino ancho hacia el futuro de libertad que nuestro pueblo merece y reclama.

¡Que viva hoy y siempre la Revolución de Octubre!